

Claridad

ARTE-CIENCIA-CRITICA

AÑO V

SANTIAGO, MAYO DE 1924

Núm. 121

SUMARIO:

Nuestro retorno.—1.º de Mayo

EUGENIO GONZALEZ

Consideraciones sobre nuestra política

ALEJANDRO ALVAREZ

El problema de Tacna y Arica

ANATOL GORELIK

El Estado y la guerra

PABLO NERUDA

Una poesía

POIL DE CAROTTE

Tratado sobre la rapidez

TOMAS LAGO

El recuerdo constante

RAUL SILVA CASTRO

La emoción vagabunda

FERNANDO G. OLDINI

"Montaña adentro"

WINETT DE ROKHA

La pregunta rubia

JEAN EMAR

Fondo y forma

DE L'ESPRIT NOUVEAU

Artes decorativas: Los museos

WALTER FERNANDEZ

La anquilostomiasis

JUAN GANDULFO

El problema sexual y la educación

LUBICZ-MILOSZ

El puente

JUAN PAPINI

El espejo encantado de la vida

MONTEIRO LOBATO

Era en el Paraíso

PEDRO PRADO

Cánticos del verbo

Notas bibliográficas y literarias



Madera, de Vargas Rosas

PRECIO: 40 CENTS.

GRABADOS DE CEZANNE, VARGAS ROSAS, GEO y VOLGA RUSKA

Es obra lenta, de generaciones. Y se realiza en la escuela, en la casa, en el trabajo. Los políticos cambian las fórmulas, el aparato exterior, lo que es adventicio y decorativo; la transformación de espíritu de una sociedad — cambio de costumbres, renovación de conceptos fun-

damentales, purificación de sentimientos — corresponde a la escuela, a la cultura. Poco a poco, van aumentando los hombres libres, sanos y fuertes. Un día serán mayoría, y entonces...

EUGENIO GONZALEZ.

DE LA HORA QUE RUEDA

ALGO MAS SOBRE UNAMUNO.—

Es posible que en Chile no nos expliquemos bien a Unamuno. Y es que Unamuno, por sobre sus bizarrías doctorales y sus estridencias de ateneísta es un hombre y un escritor en la más noble plenitud de estos vocablos. Aquí donde decir la verdad es sinónimo de no saber vivir, tiene que sorprender la integridad moral del ingenioso hidalgo vizcaíno que arremete, pluma en mano, "contra esto y aquello". Nuestros escritores hasta se deben reír de su actitud ante la época y su medio, lo que, por cierto, no impide que publiquen manifiestos de protesta por su destierro y hagan iracundas valetudinarias en los grandes rotativos. Los literatos nuestros son así: peregrinos, sumisos, ajenos a todo verdadero idealismo dinámico. Viven todavía, los precitos, encastillados en la famosa torre de marfil, sin fijarse en las telarañas que la cubren, ni en las grietas que van abriendo en ella las crecientes inquietudes de la humanidad.

Además, estos literatos nuestros son cobardes. Así, duramente, como suena. ¿Cuál de entre todos los que podían esgrimir la fuerza de un prestigio, cuál de los "maestros" alzó su voz condenatoria en 1920, cuando una tiranía tan burda como la de Primo de Rivera, pisoteó en nuestra tierra las libertades democráticas, saqueó bibliotecas, incendió hogares, violó mujeres y coronó sus desmanes reaccionarios con la muerte de Domingo Gómez, poeta y hombre libre? Está fresco aún el recuerdo: ninguno, para vergüenza nuestra, ninguno. Sin embargo, el caso era el mismo; sólo que entonces la tiranía estaba en casa y podía herir, y ahora se ejerce al otro lado del mar... En aquellos días, Unamuno, a quien sólo el aspecto humano del asunto podía interesar, protestó desde allá. Nuestros universitarios deben conservar todavía en su memoria agradecida, las palabras estimulantes que les enviara el huracán maestro de Salamanca.

Su actitud frente al Directorio Militar no podía, pues, sorprendernos. Rebelde a todo canon, a toda imposición, ya sea del dogma o de la lógica, a todo lo que signifique línea recta, este viejo gruñón y erudito ha hecho de su vida un magisterio de inquietud. Desconcertante por la inesperada multiplicidad de sus deducciones, contradictorio, paradójico, incansable él mismo y fatigante para los demás, se nos presenta como un místico caballero de la edad heroica, extraviado e inadaptado en medio de la cartaginesa civilización contemporánea. Es un creyente sin creencias lo bastante definidas y asentadas para constituir el sentido de una vida. La suya se consume en el altar de dioses desconocidos. No abre caminos ni se resigna, tampoco, a marchar por los que otros iniciaron. Por el contrario, los embrolla todos y sin saber adónde ir, sacudido por una atávica necesidad de acción, e inmovilizado por una duda ardiente, se entretiene en diseñar a grandes trazos los contornos vagos de su sueño.

No hay que buscar en sus libros otra cosa que reacciones violentas contra los hábitos comunes, y los conceptos fundamentales de doctrinas, instituciones y sistemas. Su obra es de crítica, y de crítica tornadiza, acerba, con mucho de la rudeza agreste de los vasco-galegos. De las provincias del Norte han salido espíritus macizos y penetrantes. Basta recordar a Pío Baroja, el novelador de las existencias anárquicas y vagabundas, y a Ramiro de Maeztu, convertido, hoy día, por desgracia, en el lustra botas de los generales acartonados del Directorio. Unamuno es de esos hombres que viven en guardia, listos para herir, lanzando a diestra y siniestra desafíos bizarros. No está tranquilo ni en la soledad. El problema de sí mismo lo tortura hasta la elegía. A su alrededor contempla la tranquilidad rutinaria de las vidas vulgares, el regocijo truceño de los mediocres, el marasmo de un pueblo que un día conquistó imperios y hoy no es capaz de conquistar su propia libertad temporal y espiritual. Espectáculo triste, en verdad. Los curas, los bachilleres, los barberos han echado— como pedía Joaquín Costa para el sepulcro del Cid— doble llave al sepulcro de don Quijote.

He ahí la labor de la fe: reconquistar el sepulcro de Don Quijote; alzar sobre el materialismo democrático y la filosofía positiva, a ras de tierra, las grandes ideas y los grandes sentimientos; ennoblecer la vida y nuestras vidas. Labor ardua, como pocas. Nadie debe preguntarse si vendrá, por fin, la ansiada victoria. El único deber y el único derecho es luchar con toda el alma, arremeter, corazón en ristre, contra los molinos engañosos de la rutina, del prejuicio y del dogma. Esto es lo que recomienda Unamuno, y lo que practica. Las ventajas que hasta hoy ha obtenido no son despreciables: lo han llamado loco, vanidoso, posador; lo han condenado por real orden y lo han absuelto; luego, como a Víctor Hugo, y perdónese la alusión desmesurada, lo han desterrado a un islote cualquiera. No importa; esto no es lo peor de su suerte. Más que todo eso debe dolerse de los resultados ulteriores de su condena. Porque en casi todos los países— por supuesto que en el nuestro de manera especial— los que más han vociferado en comicios y asambleas, los que han firmado con fruición manifiestos y cartas públicas adhiriendo a su campaña, son los curas, los bachilleres, los barberos, los duques, los que él quisiera eliminar de la tierra para que se salve el alma de Don Quijote: el ideal.

EL PROBLEMA DE TACNA Y ARICA

Tacna y Arica y el militarismo chileno

Las informaciones de Washington nos dicen que está cercano el desenlace de la polémica entre Chile y el Perú, trabada hace ya tantos años sobre la posesión de Tacna y Arica. El pueblo chileno—y suponemos que también el peruano—se siente cansado de esta larga comedia, y con entera razón. La enemistad de los dos países es más ficticia que real, o más bien, si ella existe, está restringida a las esferas oficiales, encargadas en uno y otro territorios de mantener el falso fuego sacro de un patriotismo fácil que se ha empleado siempre sólo como un tópico oratorio y como palanca política. La masa no cree que sea vital para Chile la posesión de unos terrenos estériles que, si han producido algo, ha sido sin sabores, desazones y alarmas. Si se conserva o no Tacna y Arica para nuestro país, es un problema que no despierta en nuestra gente otra exclamación que su filosófico "¡qué más da!"

¿Cómo ha sido posible, entonces, tanta majadería patrioterica en torno a este problema, tantas insistencias e intransigencias? Ya lo hemos dicho: el asunto de Tacna y Arica, aquí como allá, ha sido una manoseada arma política y se explica su mantenimiento en estado de insolución porque ningún genuino representante popular ha tenido jamás participación directiva en las negociaciones ocurridas entre ambos países. Examinemos con algún detenimiento ambos hechos.

No haremos, naturalmente, ninguna disquisición sobre el alma versátil e injusta de las muchedumbres, ya disecada por el pedantísimo Le Bon. Ya sabemos todos que a los pueblos se les engaña—como a los niños—con una bandera, una música, unas cuantas palabras interesadas y banales. La retórica de los propagandistas es clásica en este sentido. En Chile domina una sobriedad grande para expresarse, pero en ese terreno esta virtud se pierde en un océano de vulgaridades declamatorias que dan asco. Otro tanto ocurre, obvio es decirlo, en el Perú.

La capacidad política del problema ha quedado demostrada en las recientes elecciones generales. El candidato liberal a diputado por Santiago, Ernesto Barros Jarpa, impuesto dolosamente en el seno de su Asamblea, llegó a las urnas cobijado en el mérito de ser abogado de Chile ante el árbitro yanqui. No se esperó el fallo de éste para proclamar si la defensa de aquél había bastado a asegurar el posible triunfo de la causa. Y a más de la intervención gubernativa en su favor, descaradísima, se valió su candidatura del hecho indicado que—repetimos—no se sabe aún si será o no un mérito para su actuación internacional.

Veamos también algo de lo que sucede en el Perú. ¿Qué es Leguía, sino un tiranuelo de lo más vulgar? Sin embargo, cuenta con una gran opinión que le sigue, le admira y le defenderá seguramente de todo intento dirigido contra su gobierno de facto. El pueblo no está con él, pero en ninguna parte faltan patriotas—mejor sería decir patrioteros—que a un hombre así le creen salvador de su país y campeón de sus glorias y de su prestigio. El reivindicacionismo peruano, llorón y alharaquiento, obtiene y obtendrá, mientras las dificultades persistan, los sufragios de ciertas multitudes.

La posición de los dos países es distinta: uno es el vencedor, el otro es el vencido. El uno pide satisfacciones; el otro, al cabo de mucho tiempo, accede en principio a discutir sus títulos, tantas veces reputados injustamente como definitivos. Pero los fenómenos que acaecen en uno y otro países son, en esencia, los mismos. La dificultad internacional rebota en la política interna de Chile y del Perú en tan alto grado, que hoy, más que ser ésta una consecuencia de aquélla, es acaso la "justificación" de una actitud de odio recíproco de dos pueblos que no tienen por qué odiarse. Si este no es el motivo de muchas

actuaciones públicas de gobernantes de allá y de acá, al menos aparece como tal. ¿Habría otro, acaso, oculto en los entretelones del tinglado de las relaciones internacionales?

El problema se acerca ya, felizmente, a su fin. Pero hay una solución de él que no resolvería en realidad nada, hay una solución que no es tal solución. Nos referimos a que el árbitro declare procedente el plebiscito. Chile—es decir, el Gobierno chileno,—no podrá hacer en esta eventualidad otra cosa que dejar el problema en su situación actual, en el penoso statu quo de tantos años. El plebiscito no puede ser afrontado por el Gobierno chileno sino en determinadas circunstancias que aún no se han producido. ¿Qué probabilidad de triunfo tendría Chile en un referendum popular que no fuese controlado por su fuerza armada, es decir, presionado por ella? Creer lo contrario sería creer en la buena fe de un gobierno que ha demostrado no tenerla, al igual de todos.

Para el Gobierno chileno la posesión de Tacna y Arica es cuestión de orgullo, de tozudez, de ese espíritu reflejado en los versos tan conocidos:

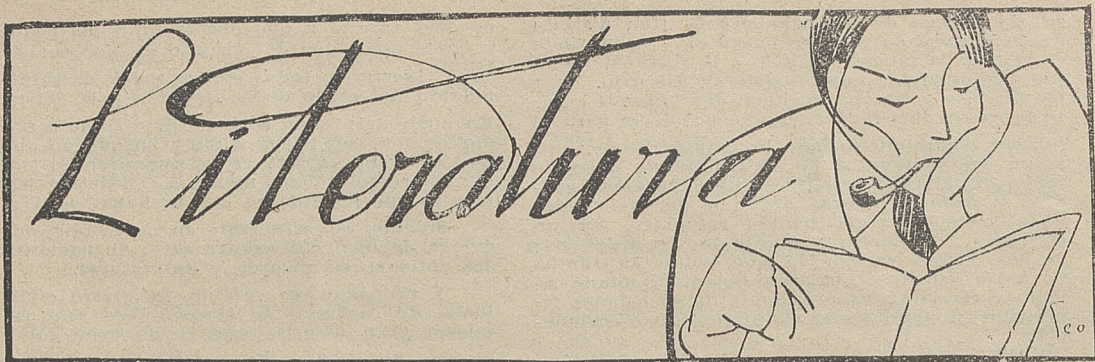
Procure siempre acertarla
el honrado y principal,
pero si la acierta mal,
defenderla y no enmendarla.

En "defenderla y no enmendarla" hemos pasado cerca de cuarenta años, negando sistemáticamente al Perú la satisfacción que pide con justicia. Así como por el mismo proceso se mantiene a Bolivia ahogada entre sus cumbres, sin salida propia al mar, empobrecida por su sujeción a las naciones que la rodean. ¿Qué importa que intinamente los gobernantes chilenos se hayan sentido convencidos de la necesidad de ser menos crueles con los vencidos de una guerra que se haría muy bien en olvidar totalmente? Hay que sostenerse: hay que "defenderla y no enmendarla"...

La política chilena en América precisa una seria rectificación, un cambio de rumbos definitivo. Es ya insostenible nuestra situación de perdonavidas internacional. No debe correr ya el militarismo feroz de que se acusa a Chile en el mundo entero con tanta razón. Es degradante para nosotros que, mientras en el Uruguay el pueblo entero se rebela contra un proyecto gubernativo de servicio militar obligatorio, soporte sin protesta alguna una ley militar de incisa dureza, con todas las consecuencias desgraciadas que para el exterior presupone el espectáculo de nuestra militarización. Y ya se sabe que el único motivo que hasta ahora tiene Chile para mantener su ingente presupuesto de guerra es el conflicto con el Perú.

Para romper esta cadena de causas y efectos—más bien círculo vicioso—no creemos que sea bastante la fuerza de unos cuantos gobernantes, por muy bien dispuestos que estén. (Y seguramente no lo están; hay que "defenderla y no enmendarla".) Si el pueblo todo no hace presente que es su voluntad inequívoca vivir en paz, dedicarse al trabajo, hacer lo posible por usufructuar con más provecho que hasta ahora de los dones naturales del país, olvidar viejas rencillas y orgullos tontos, no se hará, de cierto, nada. Mantendremos no más nuestro talante internacional de matones y conetaremos sobre nosotros el odio—ahora sí justo—y la sospecha de los pueblos de América. Y acaso algún día se nos llame a responder, ante el tribunal de la historia, de la paz turbada por nuestra arrogancia, incompatible con la verdadera fuerza de que alardeamos.

ALEJANDRO ALVAREZ G.



UNA POESIA DE PABLO NERUDA

*Juegas todos los días con la luz del Universo.
Sutil visitadora, llegas en la flor y en el agua.
Eres más que esta blanca cabecita que aprieto
como un racimo entre mis manos cada día.*

*A nadie te pareces desde que yo te amo.
Déjame tenderte entre guirnaldas amarillas.
Quién escribe tu nombre con letras de humo entre las estrellas del Sur?
¡Ah! Déjame recordarte cómo eras entonces, cuando aún no existías.*

*De pronto el viento aúlla y golpea mi ventana cerrada.
El cielo es una red cuajada de peces sombríos.
Aquí vienen a dar todos los vientos, todos.
Se desviste la lluvia.
Pasan huyendo los pájaros.
El viento. El viento.
Yo sólo puedo luchar con la fuerza de los hombres.
El temporal arremolina hojas oscuras
y suelta todas las barcas que anoche amarraron al cielo.*

*Tú estás aquí. ¡Ah, tú no me huyes!
Tú me responderás hasta mi último grito.
Ovállate a mi lado como si tuvieras miedo.
Sin embargo alguna vez corrió una sombra extraña por tus ojos.
Ahora, ahora también, pequeña, me traes madreselvas,
y tienes hasta los senos perfumados.
Mientras el viento triste galopa matando mariposas,
yo te amo y mi alegría muerde tu boca de ciruela.*

*Cuánto te habrá dolido acostumbrarte a mí,
a mi alma sola y salvaje, a mi nombre que todos ahuyentan.
Hemos visto arder tantas veces el lucero besándonos los ojos
y sobre nuestras cabezas destorcercelos crepúsculos en abanicos girantes
Mis palabras llovieron sobre ti acariciándote.
Amé desde hace tiempo tu cuerpo de nácar soleado.
Hasta te creo dueña del Universo.
Te traeré de las montañas flores alegres, copihues,
arellanas oscuras y cestas silvestres de besos.
Quiero hacer contigo
Lo que la Primavera hace con los cerezos.*

TRATADO SOBRE LA RAPIDEZ

Una vez el rey de un dilatado país, queriendo enviar con rapidez una orden a todas las ciudades de su reino, reunió a sus ministros para que le aconsejaran un medio viable.

—Señor—dijo uno—despacha a tus heraldos montados en los más ágiles corceles.

—Señor—habló otro—echa a volar tus palomas mensajeras.

Así fueron opinando, uno tras otro, los ministros; pero a cada respuesta el rey movía la cabeza con visible desaliento.

—¿Y tú, qué me aconsejas?—le preguntó al más viejo que había permanecido callado.

—Señor—dijo éste con sencillez—, cuéntaselo a la reina...

POIL DE CAROTTE.

EL RECUERDO CONSTANTE

Ahora yo estoy acodado y rígido con mis dos ojos abiertos. Se va este día; desde el fondo del horizonte, arraigado, un peciolo ramifica por el cielo las húmedas arterias de una hoja de oro. ¿En qué continente de zozobras, en qué lugar desamparado está ardiendo la hoguera de esta lumbrarada crepuscular? Yo estoy frente a ella acodado y rígido en la actitud del hombre solitario.

Todos los días fueron igualmente inútiles desde que no te tengo. El último yo lo perdí todo en forjar el recuerdo. Mi corazón ardía como una llama viva y yo quería ser el prodigioso frente a mi corazón hecho fragua.

—Tuerzo mi vida y la enquistó y hago fluctuar el instante que he de arrancar al tiempo que viene del infinito sin detenerse y rueda hacia la muerte de todos. Y tras mucho trabajar extraje el recuerdo vivo y palpitante y me hallé prendido a él irremediamente.

Yo forjaba el recuerdo con mis manos impetuosas, con mis ojos ávidos, con mi oído dispuesto y mi alma sedienta que se precipitaban hacia tí como los años hacia los siglos. Me alargaba hacia todo lo que teníamos entonces, desde el blancor de tu frente y el aletear de tus labios hasta el luzaso de ocre en los árboles.

Yo lo quería todo para hoy que estoy solo y tu estás lejos, sin que mi vida prevalezca sobre la tuya, ni este cielo te cubra, ni mis pensamientos te encuentren.

—El cielo esta tarde tiene el color oro pálido y la congoja de una hoja de otoño. Estamos en primavera: no obstante tú ya no estás conmigo.

Avizorante forjador, yo extraje el recuerdo creciente y me abracé a él sin remedio, y ahora me duele y me pesa como un haz de remordimientos. Y sin embargo, hurgo en la sombra a cada instante y sigo a tu lado, hablándote, aunque ya nada existe.

Así yo he ido en la noche buscando fruta a los árboles agostados a la estación del invierno y he creído cargada de frutas la hojarasca que se cruza en la sombra, como ahora tus recuerdos en mi alma, como tú en mi vida en la que ya nada eres.

—Ahora,—yo forjé estos árboles prodigiosos del recuerdo desde el fondo de mí mismo cuando estaba contigo. ¿Quién me dió esta fuerza incontrastable y rodante? Yo levanté estos fúnebres árboles hacia mis días venideros, alimenté y repartí sus negras ramas, concebí sus hojas mortuorias. Yo levanté estos árboles gigantes y sombríos como noches frondosas para tender mis brazos en vano y esterilizar mi vida.

A pesar de todo, tus ojos ya no me alumbran, tu voz se me ha olvidado y tus cabellos caudalosos ya no llenan la copa de mi vida. Sólo estos recuerdos sombríos se elevan inmarchesibles y sus raíces me clavan convulsas y sedientas y me piden y me extinguen.

—Ahora, yo estoy acodado y rígido frente a este día muerto, hablándote aún, con mis dos ojos abiertos clavados en esta inmensa hoja otoñal del crepúsculo.

XII—1923.

TOMAS LAGOS.

Esto puede ser heroico, romántico, lo que se quiera... Mas es falso. Falso porque se despegas del carácter de la muchacha; y falso porque no corresponde en absoluto al modo de sentir y de reaccionar de la gente campesina.

Nuestro huaso tiene un alma sinuosa y difícil. Tratad con él de cualquier asunto, y veréis en el acto que se os resbala y se os escabulle como un pescado. Es la característica angular de su yo. Hasta cuando, poseído del demonio pasional, va en derechura, como desbocado, hacia la realización de un sueño, de un deseo, de una venganza, difícilmente llegaría a averiguarse qué fuerza precisa lo mueve y lo determina. Lo que sí puede establecerse, desde luego, es que no se trata de una quisquillosidad más o menos medioeval.

La influencia del medio embrutecedor, la carencia de instrucción, el despotismo ignominioso de los patrones y de sus representantes (magníficamente expuesto en las primeras páginas del libro), la miseria, la suciedad, el automatismo, la ausencia de todo horizonte y la supresión de toda actividad espiritual, han ido reduciendo al campesino de Chile, a un inconcebible estado de animalidad, de bajeza, de conformidad pesante y amorfa, de tácito servilismo.

En tales condiciones podrá funcionar el resorte de cualquier impulso: del despecho, de la soberbia, de la rabia, de la venganza; no ese, tan fino y tan raro, de la delicadeza.

Esta virtud se hallará ausente del alma campesina, lo mismo que del alma del bajo pueblo ciudadano, (campo trasladado a la ciudad) en tanto perduren las condiciones puramente animales, en que nuestra maravillosa organización social los obliga a vivir.

EL PAISAJE.

Naturalmente, alguien había precisado ya: "Si Marta Brunet es, por sobre todo, pintora; si de sus personajes sólo ve y sólo capta, el movimiento, el color, la línea, la acción; si su talento literario es fundamentalmente objetivo, deberá trasladar el paisaje en forma insuperable."

Y así debiera ser. Pero...

Marta Brunet considera a sus héroes desde un punto de vista que casi nos arriesgaríamos a llamar visual. Si no fuese por los diálogos y los monólogos (el sentir íntimo de todos ellos se manifiesta siempre por medio de soliloquios), afirmaríamos que los trata como a paisajes.

¿Qué de extraño tiene entonces que— acaso cediendo a la presión de la ley de compensaciones— trate el paisaje como a persona?

De este modo las peculiares funciones humanas: pensar, conversar, etc., pasan a integrar el patrimonio de los árboles, las estrellas, los ríos.

Comprendemos que ello no constituye novedad, que los poetas han familiarizado el procedimiento, y que se trata de un recurso como cualquier otro.

Para nosotros la cuestión no estriba en el recurso mismo, sino en su uso. Siempre nos ha parecido que el modo de emplearlos otorga a las cosas y a los procedimientos una especie de calidad extrínseca, ya inferior, ya superior.

Los poetas acostumbran atribuir cualidades humanas a la naturaleza. Pero hay en ellos no sé sabe qué tacto sutil que los lleva a mantenerse en un tono justo de adivinación y de equilibrio. Sus imágenes se alzan, exentas de banalidad; y, o se amoldan tan exactamente a la necesidad fisonómica del paisaje, que casi no se percibe su carácter metafórico; o bien,

por un contraste violento, por una relación audazmente lejana, ponen en evidencia un rasgo débil, y vigorizan y completan la impresión de conjunto.

Marta Brunet carece del anotado don. Su antropomorfismo es culgar y trivial. Así escribe: "Otros (árboles) escapados a la voracidad de la llama deliberaban en grupos, musitándose al oído frases que luego los agitaban en reír goso." O bien: "El Cautín y el Rari-Ruca charlaban bulliciosos al encontrarse." O aún "segañaba el río con las piedras haciendo burla de su afán e viento con los árboles."

¿Hay algo aquí que ponga un matiz o una línea individualizadora, que intensifique la verdad atañente, que contribuya a destacar el perfil particular del rincón de campo desierto?

No: los recursos del símil sólo sirven en "Montaña adentro" para lograr lo contrario: para hacer anodina e incolora la perspectiva, para robar su idiosincrasia al ambiente, e involnerar en un desvaído concepto general todo lo que de único y de individual tienen nuestros ríos, nuestras selvas, nuestro cielo...

Cuando Gabriela Mistral (y nos referimos a ella porque con ella ha sido comparada la autora de "Montaña adentro"); cuando Gabriela Mistral aplica al paisaje figuras de alcance humano, el paisaje se anima, acentúa su carácter original, vive con una inconfundible vida propia. El momento que la artista fija en el verso ya no podrá ser confundido con ningún otro momento.

En cambio los cuadros de Marta Brunet...

Por fortuna, la novelista gusta también de olvidar estos juegos de figuritas. Y entonces... es otra cosa...

En estos casos más que la descripción misma valen ciertos trazos, que por su poder de sugerencia, por su intrínseca fuerza evocatriz, nos sitúan en pleno ambiente campesino.

Así, cuando la señorita Brunet describe: "Los grupos de árboles formaban macizos oscuros sobre la alfombra muelle y bien oliente y en el perfil de las lomas, los robles, maitenes y raulíes tomaban aspectos fantásticos de animales prehistóricos, enormes y aterrorizantes", no alcanza a condensar la sensación visual de la montaña vestida de sombra.

Pero, cuando agrega: "En la paz de la noche el reclamo de un toro se enroscaba frenético y obstinado al silencio", nosotros vemos, sentimos, olemos. La montaña nocturna nos penetra por los sentidos, palpitante, oscura, viva..., y se nos queda adentro.

¡Lástima grande que no sea siempre así!

Se lee, se relea este libro. Y siempre queda una sensación equívoca de incertidumbre.

Acaso nunca se haya publicado una novela nacional, llena, como "Montaña adentro" de cuanto constituye la obra de primer orden, y distante, sin embargo, de serlo.

¿Exceso de concisión? ¿Superficialidad en la visión? ¿Falta de espíritu analítico? ¿Desconocimiento del valor exacto de cada uno de los factores que integran la novela?

Para responder, quizá, fuera preciso desarrollar y desmenuzar los conceptos contenidos en cada una de las preguntas anteriores.

Y... ¿vale la pena de gastar el tiempo propio, y el tiempo del lector (si el lector existe), de rastrear por los laberintos psicológicos y estrujar en reflexiones el cerebro, con el sólo objeto de fundamentar una impresión individual?

FERNANDO G. OLDINI

DOS HOMBRES BEBEN

Hombre rubio, hombre del Norte, fumando en tu pipa de madera negra, sueñas. A tu lado, como una compañera silenciosa y pródiga, está la botella de gin ardiente.

Yo, hombre del Sur, de carne morena, de ojos oscuros, te veo y sueño también, frente a mi vino amarillo.

Esta música pobre del restaurant te mece y lleva a horas de un tiempo viejo.

No ves nada de lo que nos acompaña y rodea. ¿Habías reparado, acaso, en esta triste pareja de ancianos que comen con lentitud y precaución?

¡Herregud! Sólo bebes y fumas. Tampoco ha svisto a aquel hombre del rincón, en cuya frente se ha esparcido la ceniza de los años turbios y en cuyas ojeras el vicio, cansado, duerme.

¡Todo, qué te importa!

Este vals antiguo, del que ya nadie sigue el compás, levanta y empuja la gavilla melancólica de tus pensamientos. ¿Qué más da! Para ti, hombre rojo del Norte, sólo existe el mundo que revive en tu memoria.

Ahora piensas en aquel puerto brumoso de tu tierra lejana, a cuya orilla una mujer dorada te espera hace ya muchas lunas. Piensas en la hora alegre en que saltarás del barco del retorno para estrecharla contra tu pecho rudo y decirle: — "Ea, ya estoy aquí... Ya lo ves. Era cosa sencilla..."

Sí. Es en esto en lo que piensas. Y es por esto que bebes y fumas como ausente de ti. Y en nada reparas. Ni en mí, pobre hombre del Sur que no vengo de ninguna parte, que no iré a ninguna, que nada recuerdo y que bebo mi vino amarillo a sorbos, con lentitud y con tristeza. ¡Herregud!

ALBERTO ROJAS GIMENEZ.

1924.

Un poema de Winett de Rokha

LA PREGUNTA RUBIA

*Era el cuarto
una antigua casa de ratones
mugrienta y oscura*

*Tiznaba el pan
el humo negro y anarquista
del fogón.*

*¿Dolor que ya no acierta a ser dolor
de tan aburrido, de tan repetido
y tan cotidiano!*

*El, zapatero renegado,
ella, seno de trapo
y mirada caída de hoja.*

*De los días azules
sólo vieron anohecidos,
hierro, suelas, utensilios enmohecidos*

*El sordo maldecir
la palabrota obscena y manoseada
danzaba en las bocas amargas.*

*Sólo de cuando en cuando
caía un trino de las vigas.
"Mujer, ¿pusiste agua al canario?"*

ALMUERZO y COMIDA
A TODA HORA
SERVICIO A LA CARTA
PERMANENTE
Comedores para familias

RESTAURANT
TEUTONIA

BANDERA 837 - 843. — CASILLA 1523

ORQUESTA A LAS HORAS
DE COMIDAS
Abierto Día y Noche
COMEDORES PARA
FAMILIAS

Pintura



FONDO Y FORMA

POR JEAN EMAR

Nunca he comprendido con justeza la diferencia que tan a menudo se hace entre el fondo y la forma de una obra plástica. Es decir, entre la idea y los medios de expresión. Son dos cosas que, a mi parecer, no pueden aislarse. Una obra es un todo; la apreciación separada de su fondo o de su forma, proviene siempre de causas ajenas a la obra y personales del espectador. Dichas causas son valores que no tienen curso en el arte mismo.

Lo que generalmente se toma por fondo, por "idea profunda" en una obra, es su tema. Esta manera de juzgar es uno de los tantos aspectos de la ley del menor esfuerzo. Pues si soy yo un pintor mediocre y por lo tanto el éxito estético me es dudoso, puedo salvar mi mediocridad pintando, en vez de un cacharro, una Creación del Mundo. Si mi cerebro no es capaz de disciplinar los ojos para que que le extraigan de un paisaje sus elementos plásticos, para que vean la vida en formas, valores, volúmenes, puedo salvarme siempre, pintando la Teoría de la Relatividad o el Misterio del Más Allá, temas que aclararé con notas marginales para la buena comprensión de los espectadores ávidos de honduras trascendentales. Es el menor esfuerzo.

El fondo de un cuadro es su manera de ser realizado y no las referencias que nos dice respecto a otra obra o a una especulación cerebral. No hablo de la manera en el sentido del puro oficio, sino en el sentido de la comprensión plástica del universo. Rafael es igual-

mente grande en un retrato que en una composición teológica; y Rembrandt lo es pintando a Saski—buena burguesa— o interpretando la Biblia.

Según el sentido que un artista tenga para comprender plásticamente el mundo, serán más o menos adecuados los diferentes elementos que el mundo le ofrezca para poder expresarse: el uno tendrá que extraer sus medios de la flexibilidad de un asunto mitológico; el otro de la inmovilidad de una naturaleza muerta. El mérito de la obra será juzgado después según sus valores plásticos y no según las representaciones o sugerencias que tenga.

¿Puede, entonces, haber fondo en una jarra y tres manzanas? Puede haberlo si la manera de haber sido construidas y realizadas, es una nueva interpretación de las leyes que en el mundo construyen y realizan.

Entonces, ¿por qué no limitarnos siempre a una jarra y tres manzanas? Pues el fondo y la forma no son más que una sola y misma cosa y, por lo tanto, apoyándonos siempre en los mismos objetos, se corre riesgo de repetir siempre la misma interpretación. Tiene, pues, que llegar un momento en que jarra y manzanas no basten; como llegó un tiempo en que grandes asuntos no bastaron. Se volverá a los grandes asuntos... tal vez, mas ello no dependerá de la intelectualidad del artista. Dependerá de su nuevo concepto plástico y éste—y sólo éste—indicará si es más adecuado volver a tales asuntos o seguir con las manzanas.



Jean Emar, por Geo.

ARTES DECORATIVAS

LOS MUSEOS

Existen los buenos museos y luego los malos. Luego los que encierran bueno y malo. Pero el museo es una entidad consagrada que engaña todo juicio.

Fecha de nacimiento de los museos: 100 años; edad de la humanidad, 40 ó 400,000 años.

Cuando ponéis una boca de corazón, señora, al decir: "Mi hijita está en el museo", parecéis tener conciencia de ser uno de los pilares del mundo.

Los museos acaban de nacer y en otros tiempos no existían. Admitamos, pues, que no son una función humana fundamental como el pan, la bebida, la religión, la ortografía.

Imaginémonos el verdadero museo, el que todo lo contenga, el que pueda informar sobre todo cuando los siglos hayan pasado y destruido (como saben destruir, tan bien, tan perfectamente, que no queda casi nada en pie, salvo los objetos de gran parada, de gran vanidad, de gran cosquilleo, que escapan siempre a los desastres, testimoniando la supervivencia indefectible de la vanidad). Para precisar bien nues-

tra idea, constituyamos, pues, el museo de hoy con los objetos de hoy; enunciemos:

Un terno vestón, un tongo, un par de zapatos, una ampolleta eléctrica, un radiador, un mantel, los vasos de vidrio de todos los días, las botellas de vinos finos o simplemente de litreado... algunos sillones como las inventadas por Kohn de Viena, tan prácticas. Se instalará en el museo una sala de toilette con su tina de esmalte, su bidet de porcelana, su lavatorio y las llaves brillantes de cobre o nickel. Pondremos una maleta Innovation, un fichero con todas sus fichas impresas, numeradas, perforadas y cortadas, y que mostrarán que en el siglo XX habíamos aprendido a clasificar. Pondremos también esos buenos sillones de cuero de los que Maple ha establecido algunos hermosos modelos; podría colocarse sobre estos sillones un letrero que dijera: "Estos sillones inventados a principios del siglo XX constituían una verdadera innovación en el arte del mueble; además expresaban las investigaciones inteligentes del confort; mas en dicha época no era lo más apreciado lo que mejor se hacía; se preferían ciertos asientos bizarramente costosos que representaban una especie de índice de todas las esculturas y motivos que habían cubierto otros muebles de parada de épocas anteriores".

En esta sección del museo se fijarían otros letreros, explicando que todos los objetos expuestos habían servido verdaderamente para algo; así podría el público darse cuenta del fenómeno nuevo y propio de este período: que los objetos que usaban los ricos como los pobres, no eran muy diferentes y que sólo la calidad y el acabado del trabajo los diferenciaban.

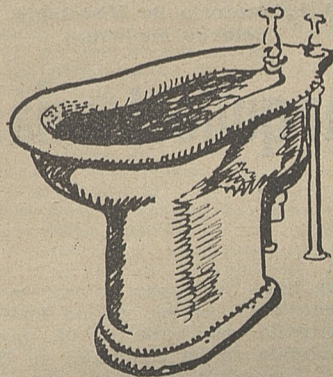
Este museo, en verdad, no existe aún. Sería, sin embargo, el museo leal y honesto; sería bueno, pues permitiría escoger, aprobar y negar; permitiría escoger la razón de las cosas e incitaría al perfeccionamiento.

Los turistas que escalan el Vesubio, se detienen a veces en los museos de Pompeya y Nápoles, mas sólo contemplan los sarcófagos recargados de esculturas.

Sin embargo Pompeya, a causa de un vesuvo milagroso, constituye el único y verdadero museo digno de tal nombre. Al constatar cuán precioso es para la educación del pueblo no podemos menos de desear vivamente la formación desde hoy de un segundo museo pompeyano de la época moderna: se han constituido ya algunas sociedades con este fin; se ha creado en Francia, por ejemplo, la sección del Pabellón Marsan, en el Louvre, museo de artes de-

corativas modernas; hay allí un testimonio de la época, pero un testimonio parcial y fragmentario. Un hombre de otro planeta, entrando allí súbitamente se creería, más bien, en el manicomio.

Los objetos que se ponen en vitrinas, por este hecho quedan consagrados; dícese de ellos que son objetos de colección, que son raros y preciosos, amados y hermosos. Son decretados hermosos, sirven, pues, de modelos, y viene aquí el encadenamiento fatal de ideas y consecuencias. ¿De dónde vienen? De las iglesias, cuando éstas habían admitido el principio de fausto para abismar, imponer, atraer, forzar, los sentimientos. Dios estaba en el oro y en los tallados;

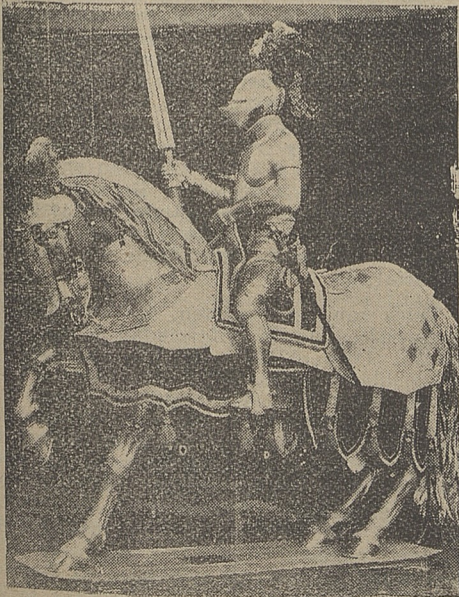


había reñido con S. Francisco de Asís y, muchos siglos más tarde, no había aún bajado a los suburbios de las "ciudades tentaculares".

Ventán también estos objetos de castillos y palacios: a imponer, epatar, satisfacer el guiñol pintarrajeado que dormita en el fondo del ser humano y que la cultura echa fuera, atado y con bozal. Ante el lejano pasado, nos sentimos indulgentes; estamos dispuestos a encontrarlo todo hermoso y bien, nosotros que somos severos y ágricos en la crítica de los esfuerzos desinteresados y apasionados de nuestros contemporáneos. Fácilmente olvidamos que el mal gusto no ha nacido hoy y que bastaría echar una ojeada a algún viejo libro del siglo XVIII, para darse cuenta que ya en esa época mucha gente bien protestaba a diario contra el libertinaje desvergonzado de las artes, contra los fabricantes de pacotillas.

Se encuentran en las bibliotecas preciosos tratados de la decadencia que reinaba en ciertos momentos. Así, se lee: "La arquitectura a la moda, con los nuevos dibujos para la decoración de los edificios y jardines, hechos por los más hábiles arquitectos, pintores, escultores, carpinteros, jardineros, cerrajeros, etc..."

Entre las chimeneas de pastelería dorada, las hay con ángeles, coronas, medallones, etc. ¡Y cuántas cosas para hacer dormir a cualquiera! Estoy cierto que el burgués data de antes de la



Revolución. Quédase uno estupefacto de la falta total de gusto. Es preferible un catálogo de monumentos funerarios de hoy.

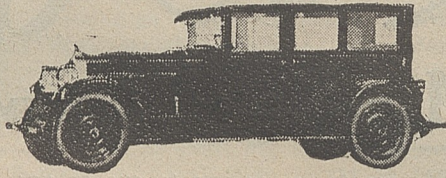
¿Y a dónde han pasado tales objetos? A los coleccionadores, a los anticuarios, a los museos. Por cierto que entre ellos hay hermosas cosas. Pero el hecho que es verdaderamente ca-



racterístico, es nuestro sentimiento de admiración automática, nuestra falta de juicio crítico cuando se trata de las cosas legadas por los siglos. ¿A quién se dirigía toda esta pacotilla fa-

bricada en tiempos de los grandes reyes? A una categoría de gentes que hoy día no respetamos. Es, pues, desastroso enviar a nuestros hijos a los museos a inspirarse con religioso respeto de objeto mal hechos y mal sonantes. Y aquí también los conservadores podrían salvarnos si consintiesen en poner un letrero declarando lo siguiente, por ejemplo: "Este sillón o esta cómoda, debió pertenecer a un despachero parvenu que vivió en 1750..."

El museo ha escogido arbitrariamente. El museo debe escribir sobre su fachada: "Aquí dentro se halla la más parcial de las documentaciones de las épocas pasadas. Que se sepa y se



tenga cuidado". En estas condiciones se restablece la verdad. Desearemos, entonces, hacer algo más que imitar las debilidades de ciertas gentes débiles de los siglos anteriores. Los museos son un medio de instruirse para los hombres inteligentes, así como la ciudad de Roma es una fecunda enseñanza para aquellos que tienen profundo conocimiento de su oficio.

El hombre desnudo no lleva chaleco bordado; desea pensar. El hombre desnudo es un ser normalmente condicionado que no necesita adornarse. Su mecánica es lógica. Quiere comprender el por qué de las cosas. Así se esclarece. No tiene prejuicios. No adora fetiches. No es coleccionador ni conservador de museos. Si le gusta instruirse es para armarse. Se arma para atacar la tarea del día. Si, a sus horas, le gusta mirar a su alrededor y tras sí, es para coger el por qué de las cosas.



Cróquis de Volga Ruska

los bronquios, ascendiendo progresivamente por sus complicadas ramificaciones, desde los más finos hasta los más gruesos, hasta llegar a la tráquea y por su intermedio a la faringe o garganta; una vez en este punto, les es muy fácil pasar al estómago e intestino, ya activamente, ya pasivamente con la deglución, prosiguiendo aquí su desarrollo tal como las larvas que han penetrado directamente por la boca.

CARACTERES GENERALES DE LA ENFERMEDAD

¿Cuáles son ahora los síntomas que provoca la infección anquilostomiasis?

En los casos en que hay penetración por la piel, especialmente si el número de larvas que penetra es abundante, se producen a nivel del punto amagado lesiones en forma de ronchas que provocan gran escozor, que al ser rascadas pueden ulcerarse e infectarse. Este hecho es conocido empíricamente por nuestros mineros de la zona del carbón, y así es frecuente oírles decir que las aguas de tal o cual mina son malas porque "cuecen los pies".

En todo caso, se caracteriza la enfermedad por molestias de la digestión, dolores de barriga, diarreas, seguidas más tarde de una anemia más o menos profunda, según el número de gusanos que albergue el individuo, que puede llegar a ser enorme, y según también su resistencia; anemia provocada no sólo por la succión de la sangre por parte de los gusanos, sino principalmente por la acción de venenos que producen estos parásitos y que tienen la particularidad de destruir la sangre. A consecuencia de esta anemia, que comunica al individuo un tinte pálido más o menos profundo, se agregan vahidos de cabeza, falta de ánimo, cansancio, palpitaciones en el pecho, zumbido de oídos, etc.

Es una enfermedad que desgraciadamente no presenta los síntomas alarmantes y teatrales de las enfermedades infecciosas agudas, como la viruela, tífus exantemático, etc., las únicas capaces de sacar de vez en cuando de su apacible sueño a nuestras autoridades, que siempre viven en el mejor de los mundos. Ofrece, en cambio, una evolución por lo general crónica; debilita paulatinamente al individuo, predisponiéndolo a ser presa de otras afecciones; retarda el desarrollo en los niños, encontrándose por ejemplo algunos en las minas de carbón, débiles y raquíticos, que no representan más de 6 a 8 años, siendo en realidad muchachos de 16 a 18 años. En todo caso, es una enfermedad que, socavando sordamente la constitución orgánica de sus víctimas puede llegar a ser un factor importante de degeneración racial.

Tales son, en resumen, los síntomas más característicos de la enfermedad y sus consecuencias. Pero al lado de estos enfermos hay que considerar a los llamados portadores de gusanos, individuos éstos que albergan sólo unos pocos gusanos sin manifestar síntoma alguno; pero que desde el punto de vista higiénico son tal vez los más peligrosos, por cuanto, pudiendo escapar al control médico si no se practica el examen microscópico de sus excrementos, van sembrando la infección por doquiera; pueden convertirse de este modo en la causa de graves epidemias si llegan a una mina de humedad y temperatura favora-

CIENCIA

La forma más sublime del heroísmo es la proporcionada por el héroe científico, la del hombre que conociendo los peligros de una enfermedad se la produce, inoculándose los parásitos que la determinan a objeto de beneficiar a sus semejantes.

Tal es el caso del Dr. Walter Fernández, quien, para demostrar la existencia de la Anquilostomiasis en nuestras minas de carbón, introdujo en su cuerpo y en el de su hermano y del Dr. Ottmar Wilhelm, el agente de la Anemia de los Mineros.

De más está decir que esto no ha conmovido a nadie, pues el Gobierno no ha tomado ninguna medida para curar a los obreros—a quienes tanto ama,—y las Compañías Mineras llegaron a impedir violentamente al Dr. Fernández la terminación de sus investigaciones. Los obreros, por su parte, mandan diputados y senadores a gritar al Parlamento.

Hoy, el Dr. Fernández es jefe del Laboratorio de Histología de la Escuela Médica, y no ha podido curar de su enfermedad, que adquirió con interés de sabio y de amigo de los obreros.

DEL DOCTOR WALTER FERNANDEZ B.

(Jefe del Laboratorio de Histología de la Escuela de Medicina)

La anquilostomiasis o anemia de los mineros

Desde hace algunos años, y especialmente desde 1919, se ha venido hablando periódicamente de esta enfermedad, que en forma de epidemia se ha instalado en las minas de carbón. Las presentes líneas tienen por objeto darla a conocer en forma de divulgación científica, proporcionando algunos datos sobre el agente que la produce, la manera cómo se determina el contagio, cómo se manifiesta, etc.

La anemia de los mineros es provocada por un pequeño gusano, el anquilostoma o uncinaria, que al estado adulto alcanza alrededor de 1 centímetro, diferenciándose machos y hembras. Viven en el intestino, donde por medio de una boca resistente provista de ganchos, se adhieren a sus paredes, produciendo pequeñas heridas que sangran. En el ambiente intestinal tiene lugar la cópula de los parásitos y la hembra elimina un gran número de huevos, que son expulsados junto con los excrementos de las personas que los albergan. Una vez en el ambiente exterior, estos huevos, siempre que encuentren los factores favorables de temperatura (no inferior a 15 grados) y de humedad (ya que la desecación los destruye), prosiguen su desarrollo, dando lugar después de algunos días y pasando por un estado de larva intermedia, a una larva madura, enquistada, muy móvil, de 1/4 milímetro de largo, invisible a ojo desnudo por consiguiente, y destinada a infestar a un nuevo individuo.

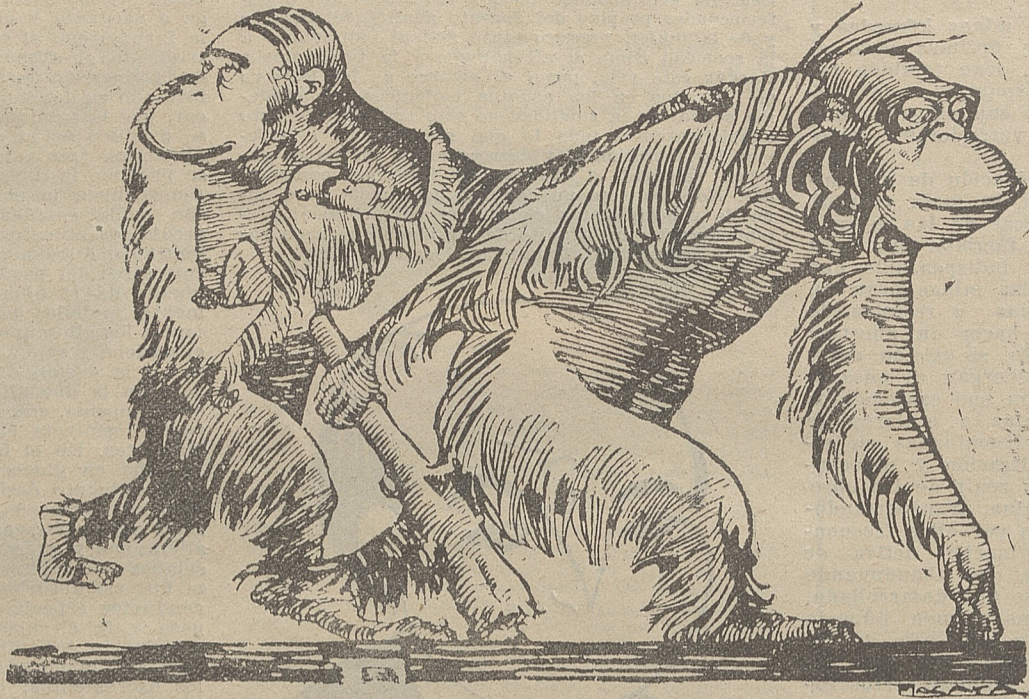
Esta fase de la evolución del anquilosto-

ma en el ambiente exterior (huevo y larvas) es del todo indispensable para la transmisión de la enfermedad, ya que la segunda larva, la larva enquistada, es la única capaz de continuar su desarrollo en el nuevo organismo que invade. Se deduce como consecuencia que la infección directa de individuo a individuo es imposible, lo que constituye una gran ventaja para combatir esta enfermedad.

MODOS DE PENETRACION DEL PARASITO

Las larvas maduras enquistadas penetran al organismo del individuo siguiendo dos modalidades: ya sea por la boca (vía bucal), ya al través de la piel (vía cutánea). En el primer caso la infección ocurre por intermedio de aguas, verduras (ensaladas), como también por intermedio de las manos contaminadas con barro en que se encuentran las larvas, las cuales, llegadas al estómago e intestino, abandonan la vaina o quiste que las protege y prosiguen su desarrollo hasta transformarse en el gusano adulto, macho o hembra, que vive adherido a las paredes del intestino. La vía cutánea de penetración es mucho más compleja y curiosa; las larvas maduras que llegan a contacto del cuerpo, atraviesan la piel provocando un escozor a veces intenso; se introducen en las pequeñas venas y poco a poco son arrastradas por la sangre venosa al pulmón; pasan aquí a

ERA EN EL PARAISO



Dios estaba satisfecho. Había creado la luz, las estrellas, el aire, el agua y, por fin, creó la Vida, sembrándola bajo millares de aspectos sobre la tierra fresquita y desnuda. E hirvió de vivientes el orbe, aquí bacteria y mastodonte, allí musgo y roble, más allá molusco y ballena; la inmensa variedad de formas dentro de la más perfecta unidad de plano.

Y Dios, que hallara aquello bueno, resolvió consolidar su obra de vida per secula seculorum, con la invención del Hambre y del Amor, dos apetitos tremendos encajados en lo más íntimo de los seres aguija de motu-continuo de la Perpetuación. Y acariciando su inmensa barba blanca, vieja como el Tiempo, lanzó la mágica señal que todo lo mueve y lo explica todo:

—¡Coméos los unos a los otros y, en los intervalos, amad!

En seguida elaboró para el gobierno de la animalidad el Código de la Sabiduría Ingénita. No fué ese el nombre que dió al Código, visto cómo, al principio, no existiendo el hombre, no existían nombres.

—¿No existiendo el hombre?...

Sí, el hombre no estaba en los planes del Creador. Esta mirífica revelación, que aún ha de roer en sus cimientos las caducas verdades oficiales y tal vez me conquiste el premio Nobel, está impacientita por escaparse de la pluma. Que vaya, que revolotee, que se infle en el espíritu del lector. ¡Adiós!...

No fué escrito aquel Código. Ley escrita vale como pura invención humana, de donde se explica la rapidez con que envejecen los códigos humanos y las humanas leyes. Escribir es fijar y fijar es matar. Perpetuo movimiento, la vida no es susceptible de ser fijada.

Mientras tanto, si no se le escribió, fué más allá Jehová: impregnó de él a cada uno de los seres recién formados, de manera que al nacer viniesen ya ricos de la sabiduría infusa y procediesen, automáticamente, de acuerdo con los inmutables preceptos de la ley natural.

Este saber sin aprender recibiría del hombre el nombre de Intuición, así como el Código ingénito el nombre de instinto. Los futuros hombres se caracterizan por el hábito de dar nombres a las cosas, gozando de la fama de sabios los que con mayor entono y más pomposamente las designasen.

Gran médico, el que tomase el pulso a un enfermo, le espíase la lengua saburrosa y, gravibundo, dijese: **polinevritis metabólica**; y un gran maestro, el que apuntase con el dedo hacia un grupo de estrellas y declarase con voz segura: **constelación del Centauro**. Enfermedad y estrellas, con o sin nombre, allá seguirían su curso prefijo; pero nada de alabanzas al médico que apenas dijese: **enfermedad**, o al maestro que humilde murmurase: **estros**. Paga o alabanzas no las tendría el ignorante, esto es, el hombre que no supiese nombres. ¡Viva el nombre!

Así inculcó Dios en todos los seres la sabiduría de la vida, y los puso en el orbe como toros cromáticos de una **potpourri** sinfónica, de cuya audición integral solamente sus oídos gozarían el privilegio.

Y Dios encontró que estaba óptimo.

Grandes cosas había hecho. La gravitación de los mundos era un engranaje que más tarde derribaría la quijada a Newton; pero no pasaba de mecánica pura.

La concepción del éter, de la luz y del calor no eran sino asombrosas invenciones; pero mecánica fría.

Lo lindo fué la creación de la Vida, porque, obra de arte de las más auténticas, solamente ella daba la medida completa de los inmensos recursos de su alto ingenio.

En 1914, comenzada ya la guerra, Monteiro Lobato no había pensado aún en escribir. Era un "fazendeiro". A causa de la costumbre de incendiar los campos para limpiarlos, con lo que se amenaza a los vecinos, Monteiro Lobato envió una carta de protesta a la sección "Quejas y reclamaciones" de un gran diario de San Pablo. Pero la carta era tan interesante, tan pintorescamente escrita y tan llena de talento, que el periódico la publicó en su primera página, incitando así al "fazendeiro" a reincidir. De este modo, y a causa de "media docena de Nerones de pata en el suelo", como dice él con mucho gracia en la advertencia de la segunda edición del **URUPÉS**, el Brasil cuenta con un gran escritor más. Después de este libro, Monteiro Lobato ha publicado **LAS IDEAS DE JÉCA TATÚ, CIUDADES MUERTAS Y LA NEGRITA DE LA NARI-CILLA RESFINGADA**. Dedicado por completo a las letras, dirigió hasta hace poco la **REVISTA DO BRAZIL**, de San Pablo, la mejor publicación de aquel país en su género, y una de las pocas verdaderamente notables de Sud-América. **URUPÉS**, extraordinario libro de cuentos, ha tenido un éxito asombroso, habiendo alcanzado, en menos de tres años, a la cifra fabulosa, para nuestros países, de veinte mil ejemplares. Ruy Barbosa, el eminente político, escritor y orador brasileño, y cuyo prestigio literario en su patria sólo es comparable al que tuvo en Francia Victor Hugo, comenzó una va célebre conferencia sobre **LA CUESTION SOCIAL**, recordando al **JÉCA TATÚ**, de Monteiro Lobato, al cual llamó "admirable escritor" y del cual elogió su "pincel de un arte raro". Monteiro Lobato, que sólo tiene treinta y cinco años, es cuentista, pensador, crítico de arte, editor, y hasta jefe de escuela, pues es cabeza visible y directiva de un brioso y magnífico grupo de escritores jóvenes de San Pablo, los cuales están dando nuevo empuje a la literatura brasileña y aun renovándola.

¡Cuánta afinación en el tumulto aparente! La bacteria a vueltas con el baobab, el molusco aparasitado a la ballena... Vida en vida, vida devorando vida, vida sobreponiéndose a vida, vida creando vida... El perpetuo resonar de los aullidos de cólera, de los berridos de dolor, gáñidos de alegría, gemidos de gozo sonorizando el perpetuo agitarse de las formas: vuelo de ave, bote de tigre, coleo de serpiente, colear de pez, acecho de saurio.

Tan pintoresca le salió la ópera "Vida", que el Sumo Esteta la eligió para recreo de su Eterna Displicencia. E, inclinado en la amplitud, las lenguas barbas dispersas al viento, el contemplativo Jehová anticipó la figura del sabio que, en el fondo de los laboratorios, se duerme cavilando sobre el microscopio.

Diferencia única: Jehová era macroscopista.

Ahora bien; cierto día de atontador bochorno, una pareja de chimpancés dormitaba beatíficamente en una horcadura de una enorme encina. Digerían las bananas comidas y soñaban risueños en las bananas de la mañana siguiente.

Eran chimpancés como todos los demás, sabios, de la sabiduría inculcada por el Eterno, y bien concertaditas notas de la ópera paradisiaca.

Pero Eolo suspiró en su antro y tal huracán levantara, que zarandó con frenesí el árbol e hizo que el chimpancé macho, perdido el equilibrio, se precipitase de cabeza al suelo.

Hubiese sido aquello un tumbó como cualquier otro, sin consecuencias funestas, si la perversidad de la serpiente no colocase al pie de

la encina una enorme piedra contra la cual chocó el coco del infeliz "desarbolado".

Perdió el macaco los sentidos, y la macaca, presa de una gran aflicción, saltó incontinenti a socorrerlo. Giró a su alrededor aullando, le soplo en los ojos, le animó, le pellizcó las carnes insensibles y, por fin, convencida de que estaba bien muerto, se encogió de hombros, pensando ya en la elección de quién había de consolar su viudez.

Pero no murió el demonio del chimpancé. Al cabo de algunos minutos entreabrió los ojos, pestañeó siete veces y se llevó las manos a la frente, significando que le dolía.

Mientras tanto, en el juncal próximo rezonga un tigre. Desde el Paraíso los tigres "adoran" a los macacos, como desde el Paraíso los macacos reniegan de los tigres. En virtud de tal divergencia, el rezongo felino valió por un frasco de amoniaco en las narices del contuso. Se puso de pie entontecido aún, y, auxiliado por la compañera, trepó encima arriba, rumbo a la rama de reposo, en donde, en buen resguardo, pudiera distraer el dolor de cabeza con la linda escena que constituye un tigre hambriento a caza de bicho... que no sea chimpancé.

Desde aquella caída desastrosa nunca más funcionó normalmente el meollo del pobre macaco. Dolfante los sesos, y se quejaba de vándidos y de extraño malestar.

Es que había sufrido una gravísima lesión. Digo esto porque soy hombre, y sé ponerle nombre a los bueyes; hombre ignorante, sin embargo, no voy más lejos, no doy nombre griego a la lesión. Afirmando tan sólo que lo era, cierto de que me lo entienden mis innumerables colegas en ignorancia nomenclativa.

¡Lesión grave, gravísima, y de resultados imprevistos a la mismísima presencia de Jehová!

La Biblia trató ya de este asunto, de una manera figurada, esquivando, con todo, tomar la Caída al pie de la letra. Moisés, redactor del Génesis, tenía veleidades poéticas, pero no previó a Darwin, ni a fuerza del premio Nobel como áureo padre de grandes descubrimientos. Moisés poetizó. Hizo un Adán, una Eva, una serpiente y una fruta, que ciertos exégetas declararon ser la manzana y otros la banana. Compuso así una pieza con la maestría consciente de Poe, al carpintear "El Cuervo", pero sin dejar, como Poe, un estudio de la psicología de la composición, en donde demostrase que hizo todo aquello por a más b y con bien estudiada puntería. Y fué lástima ¡Cuánto papel, tinta y sangre tal esclarecimiento no ahorrara a la humanidad, siempre reñidora en eso de la interpretación de los textos!

Viene de ahí que el Génesis es una pieza de fina psicología, y penetrante por igual en las cabezas duras, y en las permeabilísimas de los Pascales; lo que le escasea es el acuerdo con la verdad de los hechos. Esta verdad, más preciosa que el diamante Cullinan, yo la encontré bajo el montón de cascabeo de las hipótesis y, sin ningún alarde, aquí la estampo de balde.

A partir de la caída, nuestro macaco comenzó a cambiar de genio. Su cabeza había perdido la frescura de la antigua despreocupación y dió en elaborar unos pequeños mostrencos informes, a los cuales, mediante algún esfuerzo, les cabría el nombre de ideas.

Vacilaba, él que jamás había vacilado y procediera siempre con los soberbios ímpetus del automatismo. Entre banana y banana zonceaba en la elección, asaltado de incomprensibles indecisiones, y, a veces, perdió ambas, engañado por monos de bote rápido, que no vacilaban ni elegían.

Un poema de Lubicz-Milosz

EL PUENTE

*Las hojas secas caen en el Sena durmiente.
Ves, corazón mío, lo que le ha hecho el Otoño a tu isla querida:
¡Cuán demacrada se halla;
qué huérfana de alma tranquila!
Las campanas doblan, doblan en San Luis-de-la-Isla
por el rosal muerto de la patrona de la barca.*

*Cabizbajos dos caballos viejos, soñolientos y humildes
toman su último baño.
Un perrazo negro aúlla y amenaza de lejos.
Sobre el puente no hay sino yo y mi niña:
falda ajada, hombros tan débiles, rostro tan pálido,
un ramito entre las manos.*

*¡Oh niña mía! ¡Este tiempo que se acerca!
¡Para ellos! ¡Para nosotros! ¡Oh mi niña!
¡Este tiempo que arriba!*

(Traducido por Augusto D'Halmar)

El Espejo Encantado de la Vida

De cómo el presente no es sino un prefacio del porvenir

Una cruda noche de invierno me encontré al acaso con un Desconocido que se empeñó en convencerme de que la vida era realmente bella y el mundo un paraje delicioso. Estábamos de pie en el andén de una estación ferroviaria. La noche estaba intensamente fría. El Desconocido llevaba un gabán de aspecto confortante, con dos violetas frescas en el ojal.

Yo escuchaba con urbana atención, mientras él, estimulado por el tema, pasaba del simple buen humor al mayor entusiasmo.

—¡Pensad, señor — me dijo — en la deslumbradora marcha de la civilización! La humanidad pasa vertiginosamente del presente al futuro, del día de hoy al de mañana, de lo que ha dejado de existir a lo que no existe todavía... ¡Toda nuestra vida está consagrada al porvenir! El hombre no le presta gran atención a lo que ocurre diariamente a su alrededor; pero le atribuye la mayor importancia a los sucesos por venir. Es decir, consagra el día que pasa a un mañana que también ha de pasar a su vez. ¡Es algo realmente espléndido! ¡El espíritu profético en progresión eterna! Perseguimos toda clase de fines practicables y posibles, y nos hacemos dueños de la tierra, del mar, del cielo... hasta de nosotros mismos.

De repente entró a la estación un tren expreso, poderoso y tonante, derramando bocanadas de humo como un dragón enfurecido, e interrumpió el discurso del Desconocido. El tren se detuvo. Los pasajeros, soñolientos y aburridos, se dispersaron por la estación y desaparecieron cargados de bultos y maletas. El Desconocido estaba a punto de hablar otra vez, más levanté súbitamente la mano en señal de protesta.

—¡Basta! Vuestra fe en la civilización podrá ser algo magnífico y espléndido, — dije, — pero os mostraré en seguida el reverso de la medalla. ¿Ese tren expreso no os sugiere nada? ¿No es acaso un símbolo? ¿Una admonición? Hace unos cuantos minutos volaba en

medio de la noche a una velocidad de sesenta millas por hora; en sí mismo era algo así como un diminuto mundo, poblado de seres humanos hablaban, reían y soñaban y sacaban de entre fundas de papel toda clase de golosinas. Los pasajeros se han dispersado por los cuatro extremos de la ciudad; el maquinista se ha ido a cenar a su casa y el rápido cometa de acero se ha transformado de repente en una masa inerte, silenciosa, inmóvil, sin objetivo, olvidada.

Encendí un cigarrillo y, al resplandor de la cerilla, fijé los ojos en el rostro del Desconocido.

—Imagináos, — proseguí, — que la pasmosa actividad del mundo se hubiese paralizado de repente. Imagináos que todo hubiese quedado sumergido en profunda inmovilidad. Imagináos a la humanidad impotente para la acción y el movimiento, congelada, petrificada, pero sin perder la facultad de pensar, de recordar, de juzgarse. ¿Acaso podríamos imaginar la desesperación que prevalecería bajo el trágico silencio de ese mundo súbitamente paralizado? Haced un esfuerzo por concebir una visión momentánea de la tragedia... Hombres sorprendidos y paralizados sin la menor advertencia en actos que consideraban importantes... Un gesto transformado en actitud eterna. ¡Ni una sola posibilidad de escape! ¡Ni una sola fórmula salvadora! ¡Ved! Aquí tenemos a una persona sorprendida en el sueño. Aquí un ladrón con la mirada cruel, arrodillado ante una caja fuerte con un proyector en la mano que iluminará para siempre el teatro de su crimen. Allí un hombre y una mujer condenados a la eterna contemplación de un amor ilícito. Allí un juez con su toga negra. Más allá un mendigo que recoge un pedazo de pan de entre los asquerosos desperdicios de una gran ciudad. Una mujer empolvada que se sonríe con un joven. Un comerciante avaro y gesticulador, que oprime una peseta entre dedos maculados. Un carnicero con el cuchillo levantado sobre un animal in-

defenso. Un orador pródigo interrumpido para siempre en medio de su discurso. ¡Mirad hacia este otro lado. Un soldado con la bayoneta enterrada en el pecho del enemigo. Un suicida que prepara un tósigo en una copa. Un maquinista de ferrocarril, cansado y pálido, encorvado sobre el monstruo inmóvil que había manejado tantas veces... ¡Pensad en todo ello! Una cortesana que baila en un café cantante; un niño que riñe con otro niño en medio de un arenal; un sabio que no podrá levantar jamás los cansados ojos del escrutinio incansable de miriadas de microbios invisibles...

El Desconocido se estremeció.

—¿Acaso creéis, — proseguí — que hay un sólo ser humano en todo el planeta dispuesto a vivir eternamente en el instante en que el destino lo hubiera inmovilizado de ese modo? ¡Por mi parte, creo mil veces que no!

Según vuestra opinión, el hombre vive solamente para el mañana. Y, en verdad, así es. La vida no consiste sino en sueños y esperanzas. Todo lo que existe nos parece oscuro e insatisfactorio; nuestro único consuelo está en el conocimiento de que el presente no es sino una especie de prefacio de la delectable novela del porvenir. Una sentencia de muerte universal privaría a la humanidad de la fe en todas sus pequeñas empresas y actuaciones. La realidad es parda e insignificante. Si no hubiera un mañana, con su eterna promesa de victoria, felicidad y salud, la humanidad se negaría a vivir! Ningún hombre que tuviera que volver a vivir su vida, tal como ésta ha sido, sin nada mejor ni nada peor, pensaría por un momento en recuperar su juventud. Cada ser desea una vida nueva, una vida desconocida e inexplorada. Porque sólo en lo desconocido, en el futuro nebuloso e invisible, hay atractivos, felicidad, ilusión. ¡Pensad otra vez, señor, en el hombre encarcelado en un día eterno, paralizado en actitudes vergonzosas — una multitud de víctimas miguelangelescas condenadas al melancólico encierro de su propia carne! ¡Qué ignorancia! ¿No mirarían sus vidas llenas de rabia y mortificación? ¡Y saber que había sacrificado el presente por un porvenir que a su vez se transformó en presente, y así hasta el amargo fin, hasta el momento de la muerte!

Así al desconocido por un brazo y exclamé —Pero, ¿es que no veis? Consumimos la vida, de día en día, de hora en hora, de momento en momento, en una suerte de preparación para algo que no llega nunca. ¡Sí, la tragedia de la vida consiste en que ésta no es más que un espejo, un reflejo... algo perpetuamente en fuga, locura, desesperación!

En aquel momento entró tonante otro tren expreso a la estación, y los pasajeros volvieron a dispersarse apresuradamente por el andén, y el maquinista descendió de su casilla y bostezó y se enjugó el sudor con una manga. El Desconocido me miró con cierta tristeza y se sonrió.

—A pesar de todo ello, — dijo — amo muchas cosas. Mirad, por ejemplo, la niebla que cubre el rostro de la tierra y oculta al hombre del hombre. Y los trenes que llegan y se detienen, después de largos viajes...

El Desconocido se arrancó una de las violetas del ojal y me la puso en las manos. Y, de repente, en medio de aquel lugar yermo y desagradable se difundió un olor de primavera, penetrante, turbador, que encerraba una promesa misteriosa, una promesa del Porvenir, brumoso y distante.

Y cuando volví la vista, encontré que el Desconocido había desaparecido.

JUAN PAPINI

CAFE VICTORIA

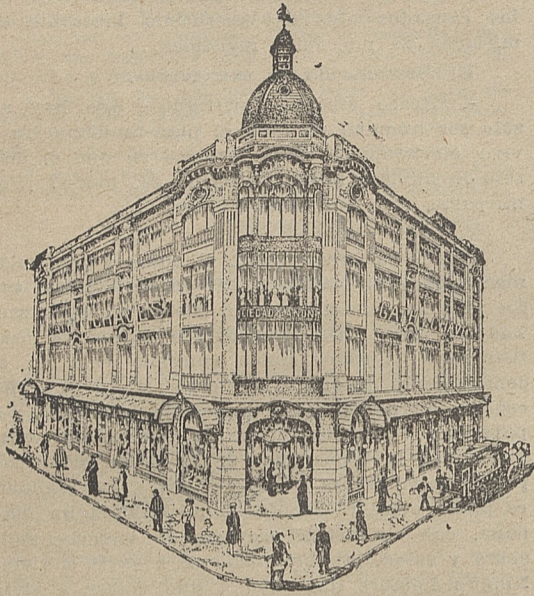
CAFE — TE — CHOCOLATE
YOGHURT — HELADOS

LA MEJOR LECHE MALTEADA
VITAMALZON
(LACTOMALTOL MEJORADO)

A H U M A D A 1 4 6

Gath & Chaves Ltd.

GRANDES ALMACENES DE ARTICULOS GENERALES DE VESTIR PARA HOMBRES, SEÑORITAS, NIÑOS, NIÑAS Y BEBES



En sus confortables y lujosos Departamentos de Confecciones y Modas para Señoras y Señoritas, se reciben constantemente las últimas novedades de cada estación, adquiridas por experto personal de sus Casas de Compras.

CASA DE COMPRAS: Londres, París, New York, Chemnitz
SEDE EN LONDRES: 8 Crosby Square

CASA DE VENTA: SANTIAGO. Estado esquina de Huérfanos (Alemania)

GATH & CHAVES

La Novela Ilustrada

LIBRERIA Y CIGARRERIA

DELICIAS 737, (FRENTE HOSPITAL SAN JUAN DE DIOS)
SANTIAGO. — TELEFONO INGLES 3905

Artículos en general para Escritorio y Estudiantes.
Gran surtido en novelas de autores CHILENOS y EXTRANJEROS.

AGENCIA GENERAL: Oleografías "ULTRA", "OLHA" y "KISME".

SELECCION MUY ESCOGIDA en: Paisajes, semi-desnudos, novedades, etc., etc.

POSTALES FOTOGRAFICAS de la "Casa Salcido" de Valparaíso. En artistas cine, desnudos artísticos y novedades.

DEPOSITO DEL "ALBUM VISTAS DE SANTIAGO",

DELICIAS 737

GRAN SORTEO EXTRAORDINARIO

10 DE MAYO DE 1924

SERIE DE 8999 BONOS

Numerados del N.º 1001 al N.º 9999

PROGRAMA

Bono entero
30 PESOS
Un sexto
5 PESOS

1 Premio de 40,000 pesos	\$ 40,000
1 Premio de 9,000 pesos	9,000
3 Premios de 3,000 pesos	9,000
4 Premios de 2,400 pesos	9,600
6 Premios de 1,200 pesos	7,200
16 Premios de 600 pesos	9,600
40 Premios de 120 pesos	4,800
100 Premios de 60 pesos	6,000
900 Premios de 36 pesos	32,400
\$ 127,600	

Del Premio Mayor se deducirá el 5 o/o para los números anterior y posterior.

Los "Bonos de Propiedad" no premiados, servirán inmediatamente después del sorteo en que tomen parte, para ser abonados por el mismo valor en que fueron adquiridos, como parte de pago del terreno que un tenedor de "Libreta de Previsión" hubiere comprado a la Sociedad con el objeto de dedicarlo a construir su casa, para cuyo fin "LA PODEROSA" una vez cancelado dicho terreno, le facilitará el dinero necesario, de acuerdo con el reglamento respectivo.

SUCURSALES:

IQUIQUE.— Tarapacá 329
ANTOFAGASTA.— Sucre 445.
VALPARAISO.— Cochrane 748.
CONCEPCION.— O'Higgins 784.
TEMUCO.— Mackenna 630.
VALDIVIA.— Picarte 593.

Agencias en todo el país

OFICINA MATRIZ: TEATINOS 333—SANTIAGO.—B. FERRAN, Gerente

Suscripciones

a "Claridad"

Chile:

Por un año . . . \$ 5.00

Número suelto . . . 0.40

Exterior

Por un año . . . 10.00

Se encuentran a la venta colecciones de los años 1920, 1921, 1922 y 1923.

Toda correspondencia dirijase a:

CARLOS CARO

Casilla 3323. — Santiago

NOTA: Las Oficinas de "Claridad" se encuentran actualmente en San Diego 291.

Sastrería Chile

ALEJANDRO CEPEDA

San Pablo N.º 1139, entre Bandera y Morandé.

Santiago

Casimires nacionales y extranjeros. — Materiales de primera. — Precios económicos.

Recibo hechuras.

¡No olvidarse!

En calzado, no hay quién pueda competir en precios, forma y duración, con el que vende la Zapatería

"EL SOVIET"

San Diego 658

OJO.— Calzado de The American Shoe Factory, se vende a precios de liquidación.